La celebración del aniversario de boda de mis abuelos representa para mi familia el acontecimiento anual por excelencia. Como buena italiana, a mi *nonna* no hay nada que le guste tanto como rodearse periódicamente de su progenie así que nos convoca a todos en su casa y ¡pobre del que ose insinuar siquiera que quizás este año no le sea posible acudir a la cita! . Los asistentes se reparten nada más llegar según género: los hombres se repantingan en las tumbonas del jardín mientras que las mujeres pasamos directamente a la cocina; y si alguien tiene algo que objetar, que trate de soltarle a la vieja un discurso sobre la igualdad y ya verá lo que le ocurre. Hasta yo, que habitualmente soy tan beligerante con estas cosas, me la envaino y me coloco el delantal sin chistar por miedo a las represalias, así que imagínense. Para no mentir, disfruto de lo lindo en esa cocina inmensa, siendo una más a aceptar órdenes de la hembra dominante aunque nonagenaria. Esta vez al llegar encontré allí, ya arremangadas y sonrientes, a mi madre y a su hermana Lola, a mi prima Andrea y a mi tía Carmen, la mujer de mi tío Emilio, dispuestas a pringarse hasta los codos con la tradicional comilona del cinco de agosto. Coincidimos unánimemente en la opinión de que los yayos bien podían haber tenido la decencia de casarse en otra fecha o por lo menos haber instalado aire acondicionado. Las altas temperaturas de ese día ya nos tenían sudando a mares mucho antes de que comenzáramos a trabajar: ése es siempre el peor momento, cuando sientes el sudor resbalando por tu cuerpo y aún no has encendido el primer fuego ni mucho menos conectado el horno. La *nonna* Vincentina Leone asume rápidamente en estas ocasiones el papel de sargento cocina y reparte sin dilación las tareas entre las presentes. Ella lleva el peso de la decisión y los detalles y nos usa como pinches, impartiendo instrucciones y críticas a diestro y siniestro, sin que le haya notado jamás flaqueza ni arrepentimiento alguno en el ejercicio de su indiscutible poder casero. A los pocos minutos nos tiene a todas enfangadas en salsas y masas y muertas de risa. Hay que decir

que mi abuela, cuando cocina, bebe como un corsario. Los hombres del jardín sin duda creen que les sirve su mejor vino en la comida, pero no es así: las botellas especiales nos las bebemos las cocineras. Apenas transcurridos diez minutos de trabajo, la taimada anciana desaparece sigilosa para volver cargada con lo más selecto de su bodega. Cada una de nosotras recibe segundos después una maravillosa copa rebosante del preciado elixir, que saboreamos lentamente interrumpiendo la faena para el primer brindis. Invariablemente mi abuela se ha apretado al menos un tercio de litro antes de que yo me haya siquiera mojado los labios. La buena señora le da al jarro que es un primor aunque afortunadamente sólo lo hace en ocasiones especiales pero lo interesante de la cuestión es que el bebercio le suelta la lengua y la memoria, haciendo que cuente anécdotas y sucedidos sin parar. El año anterior le dio por los muertos, por cómo y dónde la habían diñado sus conocidos y familiares y sé que les parecerá un tema horrible pero eso es porque ustedes no saben lo graciosa que es mi abuela cuando está borracha. Esta vez en cambio la tomó con el sexo, las cosas de la cama, que dice ella. Quería que mi madre contara su primera vez. Parece ser que en su día había tenido sospechas y le había dicho al abuelo: -“a ésta le han pegado un meneo hoy, Antonio, que parece que lleva un letrero puesto”-, pero nunca había tenido la oportunidad de comprobar si estaba en lo cierto. Mi madre no había pimplado todavía lo suficiente, por lo que se ve, porque le dio la risa floja y se puso colorada pero no soltaba prenda. Para animarla, o porque se le vino en gana, la abuela se puso a contar la suya.

Mi familia es de origen puteolano, lo cual, aunque mueve a engaño porque parece que quiera decir que fuimos concebidos como consecuencia directa del comercio carnal, en realidad significa que mis bisabuelos eran de *Pozzuoli*, un pueblo pesquero situado a pocos kilómetros de Nápoles y relativamente famoso por ser también la patria chica de Sofía Loren. Y aunque la prostitución no tuvo nada que ver con la fundación

del clan Leone, si atendemos a lo que contó la *nonna* aquella mañana, parece ser que ella sí fue puta durante algún tiempo, al menos bajo cierto punto de vista. Corría el año 1943 y hacía relativamente poco de la caída de Mussolini. Las tropas angloamericanas llegaban a una Italia pobre y vencida presumiendo de salvadores y los soldados negros, apenas un siglo antes librados del peso de la esclavitud, volvían a ser subastados aunque esta vez no se dieran cuenta de ello. Los “liberadores” recién desembarcados se encontraban inmediatamente rodeados por una nube de niños desarrapados que se ofrecían a servirles de guía y trataban de convencerles de que les acompañaran a su casa para probar la *lassagna* de la *mamma* y de paso, si aceptaban, hacían lo imposible por meterles dentro de las bragas de sus hermanas. Que juzgue el que se sienta a salvo, el hambre es terrible y los Leone, gente orgullosa en tiempo más benignos, veían como mi tío abuelo Enrico, un bebé de pocos meses por entonces, empezaba a mostrar síntomas inequívocos de raquitismo. Rompía el corazón ver aquella vida tan tierna, tan nueva, soportando un sufrimiento desmesurado e injusto que la conducía implacable hacia la muerte, sin tan siquiera haberle permitido dar los primeros pasos en este mundo. La adquisición de un soldado garantizaba, si se le sabía manejar adecuadamente, el acceso a sus raciones de campaña, leche en polvo, azúcar, harina... y los negros llevaban fama de ser más generosos que el resto. Por eso era frecuente ver corros de chicos cerca de los barcos de guerra recién atracados, pujando por cada afroamericano que veían en cubierta. El que más daba, se lo quedaba y aunque mi tío abuelo Giaccopo era el novato aquella tarde, las punzadas de gazuza en las tripas le azuzaron el ingenio y la fiereza haciendo que comprara a un marine inmenso, más oscuro que el cordován, pero que se le antojó tenía cara de buena persona. En cuanto el tipo puso el pie en el puerto, allí se le abalanzó el hermano mediano de mi abuela con la seguridad que le daba saberse propietario de semejante ejemplar y, sin necesidad de colocarle cadenas ni intención de

trasladarle a un campo de algodón, convenció al marinero en cuestión de segundos para que se fuera con él. Tras enseñarle la bahía, el teatro romano y un par de tabernas curiosas al tiempo que chapurreaba su mejor inglés con cara de ángel inocente, y una vez que consideró que ya se había ganado suficientemente la confianza del gigante, Giaccopo le convidó a que probara la pasta *alle vongole* que preparaba su madre, tentándole la nostalgia con la perspectiva de una comida casera en un ambiente íntimo, no sin antes sobornar inadvertidamente a otro golfillo para que corriera como el viento hasta su casa y diera el aviso de que la caza había sido exitosa. La invitación iba a acabar con las últimas liras que les quedaban, pero la situación era ya desesperada, o sea que supongo que las dieron por bien invertidas. Así las cosas, la presión que soportaba mi pobre abuela Vincentina era casi insoportable. Disponía de poco tiempo para aprovechar la oportunidad y llevarse al americano al huerto y, con sólo quince años y más virgen que el aceite de Toscana, carecía de experiencia y le sobraba terror por lo que se le venía literalmente encima. Se había puesto su vestido de flores menos viejo y había practicado delante del espejo la habilidad de desabrocharse el primer botón del escote de manera que no se viera que lo hacía intencionadamente, con el propósito mostrarle al hombre un atisbo de sus pechos incipientes simulando un descuido fortuito. Cuando Jackson Lee, que así se llamaba el tremendo yanqui, traspasó el dintel de la puerta, la mesa estaba dispuesta y los actores del drama preparados y a punto para su actuación. Algo titubearon cuando lo vieron pasar y podría decirse que se les hizo un nudo en la garganta que casi da al traste con la cuidada planificación de la puesta en escena. Con sus más de dos metros de altura y unos brazos como troncos de árbol, el aspecto de Jackson era imponente y brutal. Vincentina miró de reojo a su madre con disimulo y vio en los ojos de mi bisabuela el mismo pánico que la había invadido a ella. Iba a ser inmolada, ofrecida a un monstruo enorme que Dios sabe qué le haría. Aquello

iba a dolerle, fijo. Durante un instante ambas estuvieron tentadas de echarse atrás, de dar al traste con el plan y renunciar a la esperanza; pero en ese momento Enrico rompió a llorar desconsoladamente, con ese llanto angustioso que sólo provoca el hambre y Vincentina, saliendo de su estupor y de su miedo, corrió a darle la bienvenida a la bestia, indicándole una silla vacía para que tomara asiento. En torno a la mesa esa noche hubo risas y alegría, las que da el estómago lleno sentenciando al olvido los problemas y las incertidumbres. Mi abuela se levantaba una y otra vez para agasajar a Jackson. Le escanciaba más vino, le acercaba el pan, le ponía en el plato otro pedazo de queso o más pasta, procurando rozarle con el pelo o con el pecho cuando se inclinaba para servirle. A los postres, tras un gesto convenido, el resto de la familia desapareció, pretextando diversas e increíbles obligaciones pero con la clara intención de dejarlos solos. Jackson era una persona tímida y educada, pero no era tonto y, aunque no era consciente de que había sido comprado igual que siglos antes aquel primer antepasado suyo que llegó encadenado desde Costa de Marfil a algún puerto de Virginia, sabía perfectamente qué era lo que esperaban de él aquellos encantadores pueblerinos y qué podía obtener a cambio. Quizás no fuera aquella la ocasión en que se sintió más orgulloso de sí mismo, sabiendo que se aprovechaba de la desgracia de aquella gente, pero hacía demasiado tiempo que no estaba con una mujer y la chica era hermosa y dulce y probablemente sería también apasionada una vez descubriera los placeres de la carne, de manera que la agarró por la muñeca y la sentó sobre sus rodillas. Ella no entendía nada de lo que él decía en su idioma misterioso por desconocido que sonaba extraño y brusco pero, a pesar de todo, se sentía más segura oyéndole susurrar junto a su oreja con esa cadencia calmada y esa voz profunda que la anciana de hoy aún recuerda con tanto detalle. Él no paró de hablarle ni un instante mientras su mano derecha se le sumergía en el escote buscándole con ansia el pecho hasta rodearlo con suavidad. Vincentina Leone, con la

mirada fija en la boca del negro, pensó que tenía unos labios gruesos y jugosos de un rosa intenso que no parecía ni real y no pegó ni un respingo cuando él separó el dedo índice y el mediano, para agarrar entre ambos un pezón desafiante y doliente de tan tieso. Por un momento deseó que la besara, y se encomendó a San Jenaro rogándole que le quitara los malos pensamientos de la cabeza. Después de todo, ella se estaba dejando hacer por necesidad, pero era una mujer decente. De nada le sirvieron tantos rezos cuando él le desabrochó el vestido y, separando la solapilla, inclinó la cabeza e hizo girar la lengua en círculos precisos rodeando la areola tensa para acabar cerrando los labios alrededor y chupeteando con una intensidad en absoluto desagradable. Le notaba duro por debajo y le notaba mucho. Pensó que quizás él era igual de grande por todas partes y, si bien esa idea la atemorizaba, se le escapó un suspiro involuntario que fue contestado con una sonrisa enorme llena de dientes blanquísimos. Él mantuvo la expresión mientras le levantaba la falda para acariciarle con comodidad los muslos suaves. Le enternecía la entereza de aquella niña que trataba con todas sus fuerzas de ocultarle la angustia de cordero pascual conducido al matadero que la atenazaba, aunque mi abuela afirma que, a esas alturas, ella ya se había resignado a su suerte y, más que eso, empezaba a presentir que era suerte verdadera y tenía que hacer grandes esfuerzos para no demostrarle lo que sentía. Por dignidad y sentido de la moralidad no jadeó cuando él metió la mano bajo sus bragas y le separó las piernas con suavidad para descender a sus profundidades y humedecer con gesto experto un dedo corazón que si no se ahogó allí mismo fue de milagro pero que, habiendo conseguido volver a la superficie sin percances, escaló impetuoso hasta su clítoris, no sin antes entretener la yema sin prisas en los territorios escarpados por los que iba pasando. A mi abuela se le quería salir el corazón del pecho de tan fuerte que le latía y le salía la respiración agitada, entrecortada y ansiosa. El dedo prosiguió su búsqueda, tropezando con un

escollo ya no tan chico y allí se entretuvo resbalando en círculos lentos y precisos hasta dejar a Vincenza casi sin aliento. Jackson seguía diciéndole al oído palabras que no comprendía pero el tono ya no era tan suave. *"Aim gonafac iu slat, aigüana fil ap dat litel cant of yours, yuar gona laiket…"*. Eso era lo que ella le oía prometer entre susurros roncos y el efecto no le era menos excitante porque las palabras carecieran de significado. Como si le hubieran entrado las prisas de repente, le abrió el resto del vestido de un tirón haciendo que los botones que quedaban abrochados saltaran por los aires y con el mismo ímpetu le arrancó las bragas y las arrojó al suelo. Agarrándola por debajo de los brazos la sentó sobre la mesa, desnuda y expuesta salvo por el vestido abierto que le dejaba todo el cuerpo a la vista. Con los ojos desencajados, le separó las rodillas y la obligo a arquear el cuerpo un poco hacia atrás. Le hizo una seña para que se quedara muy quieta en esa posición. Se quitó la camisa y quedó al descubierto su torso amplio, lampiño y brillante. Cuando Jackson se quitó los pantalones ella no pudo apartar la mirada, estaba como hipnotizada por el sexo enorme, durísimo y palpitante que se encaminaba resuelto hacia el hueco entre sus piernas y desaparecía lentamente, no del todo al principio, no hasta que él la empaló con un empujón violento y decidido que pareció por un segundo desgarrarla por dentro, inundándola de un dolor insoportable y repentino. El se quedó inmóvil y la besó, muy suave al principio, sólo labios contra labios pero jugando enseguida con su lengua que buscaba ávida la de ella. Así, comiéndole la boca, permaneció Jackson, recreándose en la presión húmeda y estrecha que le envolvía la polla, resistiéndose a moverse hasta que aquél primer dolor de Vincentina desapareció por completo. Fue ella la que se irguió finalmente y apretándole las nalgas, le atrajo hacia sí y le animó con todo su ser a proseguir, a balancear las caderas muy lentamente procurando que su vientre le rozara el pubis para aumentar el goce de la niña dulce y caliente que le demandaba ahora como una mujer

completa que subiera el ritmo, que lo hiciera más rápido. Ya sin miedo, ella se dejaba ir, perdía la cabeza, le rogaba que no parara, le azuzaba con sus gritos, se abandonaba y le obligaba a abandonarse. La vio llegar al clímax durante minutos, el placer trepando, ascendiendo, invadiéndola, tan largo que casi estaba asustada por cuánto más intenso podía llegar a ser, hasta que al final en un grito se le fue el alma y el cuerpo enteros y se quedó mirándole fijamente, con agradecimiento y sorpresa. El estaba ya fuera de sí. Se le vino la sensatez de pronto y, para no dejarla embarazada, se derramó sobre las tetas pequeñas y firmes que ella le ofrecía sujetándolas entre las manos. Estaba tumbada sobre la mesa, abierta aún. De pronto cambió la cara, puso una mueca sugerente y encantadora y comenzó a extenderse el semen por el cuerpo, a untárselo hasta que su piel lo absorbió y no quedó ni rastro. “Aquí no ha pasado nada”, le dijo, “no hay pruebas, tendrás que empezar de nuevo”.

Mi abuela se aficionó al bendito negro. Así le llamaba ella cuando lo contaba, el bendito negro, y más parecía que el hombre le hubiera echado unas rogativas que unos cientos de polvos, que es lo que sucedió en realidad. Durante tres años estuvo Jackson yendo por casa de la bisabuela y la familia desapareciendo cada vez con excusas más churriguerescas para dejarles intimidad. Enrico se puso hasta gordo con tanta leche en polvo, a Giaccopo se le hicieron caries por abusar del chocolate de las raciones y mi abuela pasó semanas en que no se podía ni sentar de cómo la había puesto su bendito negro. Entre unos y otros avatares, la guerra terminó, el marine se regresó a su patria y Vincentina emigró a España, recogida donde unos familiares que tenían un restaurante. En la cocina de ese restaurante la encontró mi abuelo un día, con todo el pelo revuelto, rebozada de harina hasta el escote que ya acostumbraba a llevar más desabrochado de lo debido, apretujando y haciendo rodar un rollo de masa que debía tener aproximadamente la longitud y el grosor, si no el color, de algo que me da que estaba

echando de menos. Dice el abuelo que la vio allí, tan descarada y manejando aquella porra con tanta dedicación que pensó: -”Dios santo, si hace eso con una masa, qué no podrá hacer ésta con ...”- y de golpe y porrazo se le iluminó la mente y decidió que aquélla iba a ser su mujer, suya y de nadie más, para siempre.